

EL HOMBRE EN CAUTIVERIO
MODELOS DE MASCULINIDAD EN *LOS CACHORROS*
Y *LA CIUDAD Y LOS PERROS*

Guadalupe Nettel

En este artículo se plantea que las novelas *Los cachorros* y *La ciudad y los perros* de Mario Vargas Llosa ponen en evidencia un modelo de masculinidad y toda una serie de valores relacionados con ese patrón. Ambas novelas, escritas e inspiradas en la juventud de su autor, tienen, según la autora, la virtud de mostrar los procedimientos represores de los sistemas de educación más pujantes en América Latina durante el siglo pasado: la Iglesia y el ejército. El artículo analiza con detenimiento dichos valores basándose en los rasgos psicológicos de los personajes, en su ambiente familiar, su relación con los padres, sus amigos y sus círculos sociales, el ideal de físico y de comportamiento que persiguen, las actitudes que rechazan, sin olvidar, por supuesto, la sexualidad y su relación con las mujeres.

GUADALUPE NETTEL (Ciudad de México, 1973). Estudió lengua y literatura hispánica en la UNAM y en 2008 se doctoró en ciencias del lenguaje en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de la ciudad de París. Es autora de tres libros de cuentos: *Juegos de artificio*, *Les jours fossiles*, *Pétalos y otras historias incómodas*, y de una novela, *El huésped*. Ha sido galardonada con el Premio Antonin Artaud y el Premio Anna Seghers. Es becaria del Sistema Nacional de Creadores del Arte (SNCA) del Fondo Nacional de la Cultura y las Artes de México y colabora regularmente con diversas revistas literarias de España y América Latina. G.nettel@yahoo.com.mx.

En *Cartas a un joven novelista*, Mario Vargas Llosa imparte varios consejos en tanto que escritor maduro a uno que empieza a aventurarse en el oficio. Resulta muy interesante leer, a la luz de ese libro reciente, las primeras novelas de este narrador que, a los veintisiete años, en un acto de verdadera proeza, logró escribir una historia como la que anhelan contar una gran cantidad de autores de edad mucho más avanzada. En ese sentido, *La ciudad y los perros* se impone como el ejemplo de novela que puede llegar a redactar un joven escritor con talento con tal de proponérselo y de pensar detenidamente en la estructura, los narradores y la historia que pretende desarrollar. En esas cartas, Vargas Llosa insiste en que las novelas deben estar impregnadas de autenticidad y que, para lograrlo, el elemento vivencial del escritor tiene una gran importancia. Es innegable que buena parte de la fuerza de esta novela radica en la enorme carga de experiencia que encierra en sus páginas. ¿Tiene sentido, se pregunta Vargas Llosa, hablar de autenticidad en el dominio de la novela? Y su respuesta es contundente: “Sí lo tiene, pero de esta manera: el novelista auténtico es aquel que obedece dócilmente aquellos mandatos que la vida le impone, escribiendo sobre esos temas y rehuyendo aquellos que no nacen de su propia experiencia y llegan a su conciencia con carácter de necesidad [...]”. Así, *La ciudad y los perros* tiene como punto de partida uno o varios eventos traumáticos en la vida del autor: “Para inventar su historia, debí primero ser de niño, algo de Alberto y del Jaguar, del serrano Cava y del Esclavo”. Esta historia está íntimamente ligada a otra, la de la novela corta titulada *Los cachorros*. Ambas se inspiran en dos episodios de la juventud y de la formación del escritor peruano. La primera, en su paso por el Colegio Leoncio Prado, en las afueras de Lima, y la segunda en su estancia en una escuela religiosa, un poco menos estricta, y cuyo alumnado pertenecía a una clase bastante más acomodada. Aunque Vargas Llosa se identifica con ciertos aspectos de cada uno de ellos, varios de los personajes de *La ciudad y los perros*, como el Jaguar y Ricardo Arana, están inspirados en individuos reales (Estuardo Bolognesi y Alberto Lynch) que compartieron con él los años de internado. Los hechos históricos fueron, como es natural, manipulados más tarde y convertidos en literatura con un fuerte poder simbólico.

Las dos novelas denuncian los sistemas represores de mayor presencia en América Latina durante el siglo veinte. Me refiero a la institución de la Iglesia, por un lado, y por otro, a la institución militar —sistemas que el autor conoció muy de cerca durante sus años de formación escolar—. En estas novelas, ambos sistemas escolares están exclusivamente dedicados a la formación de varones, siguiendo un modelo previamente establecido. Hay que subrayar el hecho de que en ningún escritor del *boom* se pueden observar los usos y costumbres de la masculinidad en nuestro continente con la claridad con que se describen en la obra de Mario Vargas Llosa. Así, tanto *La ciudad y los perros* como *Los cachorros* no sólo tienen la virtud de subrayar los procedimientos represores de esos sistemas y la profunda deformación que tienen como resultado en la personalidad de quienes los padecen, sino que ponen en evidencia un modelo de masculinidad y toda una serie de valores relacionados con éste. En tales sistemas, los hombres y las mujeres representan ideales distintos y, en cierto sentido, antagonistas. Mientras las mujeres son el emblema de lo maternal, la debilidad y la sensibilidad, los varones deben encarnar la fuerza física y la dureza emocional, la disciplina y la obediencia al Estado. Este cliché representa la primera capa de un edificio, un poco más complejo de lo que aparenta a simple vista. Vamos a tratar de analizarlo con detenimiento, basándonos en los rasgos psicológicos de los personajes, en su ambiente familiar y su relación con los padres, sus amigos y sus círculos sociales, el ideal de físico y de comportamiento que persiguen, así como las actitudes que rechazan. También observaremos con atención a los personajes femeninos, los tipos de relación que los protagonistas de estas novelas mantienen con ellas y, finalmente, los otros tipos de sexualidad que los personajes se permiten en esos entornos cerrados, donde las mujeres no tienen cabida.

La relación con los padres y el ambiente dentro de casa

Tanto en *La ciudad y los perros* como en *Los cachorros*, el autor deja bien claro que una parte importante del desarrollo de sus personajes depende de su familia. Los padres son los responsables de su primera educación y por supuesto de su ingreso en la escuela que, más tarde, se encargará de deformarlos. *La ciudad y los perros* nos presenta al menos cuatro modelos distintos de familias. Todos ellos bastante comunes

en las sociedades latinoamericanas. La primera que llama la atención es la de Ricardo Arana, “el Esclavo”, por su similitud con la historia de Mario Vargas Llosa. Este chico, abandonado por su padre durante los primeros años de su vida —y al que le habían explicado que su papá había muerto— crece en una ciudad provinciana al cuidado de su madre y de su tía. Cuando está a punto de cumplir su primera década, sus padres se reconcilian y constituyen una familia nueva en la que padre e hijo son dos extraños y en la que Ricardo es víctima de la hostilidad, la violencia y las burlas de su progenitor. Se acusa constantemente al niño de ser afeminado y de haberse “echado a perder” bajo los mimos de su madre y de su tía. Esa casa es el escenario de una constante violencia familiar en la que el padre golpea a los dos habitantes: “[...] Las injurias llegaban hasta él con pavorosa nitidez y, por instantes, perdida entre los gritos y los insultos masculinos, distinguía la voz de su madre, débil, suplicando. [...] él ya se había incorporado, corría hacia la puerta, la abría e irrumpía en la otra habitación gritando: ‘no le pegues a mi mamá’ [...] su padre lo golpeó con la mano abierta y él se desplomó sin gritar”. Para Ricardo, comprender que su madre es cómplice y aliada de su padre más que suya, representa una verdadera revelación. Desde entonces “Decidió ser cauteloso, ya no podía fiarse de su madre. Estaba solo.”.

Otro modelo de familia es el de Alberto Fernández, de clase alta y residente del barrio de Miraflores. Alberto, también conocido como “el Poeta”, sufre un desplazamiento de clase cuando su madre, harta de las infidelidades de su marido, decide enfrentar sola las obligaciones familiares. De Miraflores se trasladan a un barrio popular. La madre casi nunca tiene dinero y por lo tanto él tampoco. Constantemente los visita el padre para pedir una enmienda, pero sólo de cara a la sociedad, sin modificar su estilo de vida libertino: “Si quieres podemos volver a vivir juntos. Tomaremos una buena casa aquí, en Miraflores [...] donde tú quieras. Eso sí, exijo absoluta libertad. Quiero disponer de mi vida [...] y evitamos las escenas. Para eso somos gente bien nacida”. Alberto no juzga ni se pone de lado de nadie. Simplemente le gustaría volver a recibir dinero y las comodidades a las que está acostumbrado. También este personaje contiene varios elementos de la vida de su creador: como Vargas Llosa, este chico sobrevive en el colegio militar gracias a sus talentos como escritor. Les cobra a sus compañeros por redactar cartas

de amor y por escribir novelitas pornográficas. Es interesante saber que a Vargas Llosa se le envió al Leoncio Prado por juzgársele incapacitado para hacer labor literaria. Pero fue precisamente allí, según el autor le explica a Marcelo Camelo en una entrevista, donde empezó a escribir en serio: “[...] fue una grata experiencia literaria. Allí empecé a escribir de forma, en cierta manera, profesional, cartas de amor para los compañeros y pequeñas novelitas eróticas que me permitían justificar mi vocación en un mundo en el que ser poeta era ser marica” (Camelo, 1989, p. 26).

Otra de las familias disfuncionales expuestas en *La ciudad y los perros* es la de el Jaguar, cuya identidad se mantiene oculta hasta el final de la novela. Se trata también de una familia sin figura paterna, en la que dos hermanos viven con su mamá en condiciones de pobreza y se inician en el asalto a casas, bajo la influencia de un personaje amable —aunque delincuente— llamado el Flaco Higuera. La conclusión a la que el lector llega es que el destino y el comportamiento de estos muchachos están determinados, antes que por la institución escolar, por el fracaso de la familia. También sentimos curiosidad por ver cuál sería el desarrollo y el comportamiento, dentro del Leoncio Prado, de un personaje cuyo entorno familiar funcionara correctamente.

En *Los cachorros*, en cambio, la familia del protagonista, Pichula Cuéllar, no está destruida ni genera violencia y, sin embargo, su influencia también termina por perjudicarlo. Tras la castración que sufre su hijo a los diez años, bajo las fauces feroces de un perro, la familia decide ocultar el hecho y fingir que nada ha sucedido. Amenazan a los curas y les ofrecen dinero para intentar que nadie haga alusión al tema dentro del colegio. Se ha dicho en diversos lugares que las novelas de Mario Vargas Llosa poseen una fuerte carga simbólica. La castración de este chico, cuyo futuro era de lo más prometedor, ocurre en las duchas de la escuela y por el perro de la escuela. Es inevitable pensar en toda una metáfora, no sólo de la educación religiosa sino de las prácticas de pedofilia que desde siempre se han llevado a cabo en dichos lugares y la manera en la que esto se ha silenciado siempre. Por otro lado, la visión de estas instituciones educativas y sus efectos sobre los estudiantes recuerdan en buena medida a *Ferdydurke*, la novela del escritor polaco Witold Gombrowicz, situada también en un colegio en el cual el personaje principal es sometido a un pesado trato por parte de sus compañeros pero sobre todo de sus profesores.

El grupo de amigos y los círculos sociales

Más allá de las reglas morales impuestas por la escuela y por la familia, los adolescentes establecen, en ambas novelas, su propio sistema de valores. Tanto en *Los cachorros* como en *La ciudad y los perros*, uno de los principios fundamentales es la lealtad al grupo de amigos, a la sección o a la sociedad clandestina que se establece entre los cadetes. Así pues, “El círculo”, la sociedad secreta que se constituye en *La ciudad y los perros*, juega un papel importantísimo en la trama de la misma y otorga coherencia a los actos, aparentemente inexplicables, de los personajes.

En esta novela, una de las escenas más violentas la constituye el famoso bautizo que suelen sufrir los recién ingresados o “perros” por parte de los estudiantes más antiguos. Durante esta suerte de rito de iniciación, nos explica uno de los narradores, los alumnos son humillados de diversas maneras: les orinan encima, les untan heces, les tocan los genitales, los golpean y hasta amenazan con violarlos. El bautizo dura un mes. Por esa razón, resueltos a impedir que se les siga aplicando semejante trato, Alberto, el Jaguar y sus compañeros deciden, desde el primer día, constituir una fraternidad para defenderse. Al principio, esa sociedad secreta incluye a una buena cantidad de chicos de la generación. Sin embargo aquel primer grupo es descubierto por el militar que se ocupa de ellos, el teniente Gamboa, del cual hablaremos más adelante. “El círculo” se disuelve y vuelve a crearse poco tiempo después, pero con un número mucho más reducido de alumnos, en quienes se advierte una actitud de mucha cercanía y solidaridad. Además de dedicarse a la defensa de sus miembros, este nuevo círculo lleva a cabo actividades ilícitas en el colegio, como robar exámenes, ropa, cigarrillos y venderlos después entre los compañeros. Al final de la novela, uno de sus integrantes, el serrano Cava, es denunciado como el autor del robo de un examen de química. La solidaridad de grupo, dentro y fuera de “El círculo”, está descrita en varias escenas de la novela. Por ejemplo, cuando el cuarto año, al que pertenecen los personajes, se enfrenta en competencias de atletismo con los de quinto, en presencia de militares de alto rango y miembros de la diplomacia: “Lo que daba más ánimo eran los muchachos. Se me metían al cerebro esos gritos, a los brazos y me daban cuanta fuerza, hermanos uno dos tres [...]”. Poco después de esa escena encontramos otra, situada en un cine, donde los dos grados

se vuelven a enfrentar, esta vez a golpes, pero en la oscuridad total, y vuelve a darse esa magia de la pertenencia al grupo como a una sola entidad que tan bien describe Vargas Llosa.

A lo largo de las dos novelas seguimos varias relaciones de amistad entre adolescentes varones, donde la lealtad se impone como un valor fundamental. En lo que se refiere a las relaciones grupales, tenemos el caso de Alberto y sus amigos de Miraflores, entre los cuales están Pluto y el Bebé. Como los chicos del colegio Champagnat de *Los cachorros* (que por cierto también se menciona en *La ciudad y los perros*), éstos llevan a cabo muchas actividades colectivas: “Cuando no jugaban fulbito, ni descendían al barranco, ni disputaban la vuelta ciclista a la manzana, iban al cine. Los sábados solían ir en grupo a las matinés del Excelsior o del Ricardo Palma, generalmente a galería. Se sentaban en primera fila, hacían bulla, arrojaban fósforos prendidos a la platea y discutían a gritos los incidentes del film”. La relación de amistad entre chicos se mantiene a pesar de los años en que, interno en el Leoncio Prado y desclasado por la situación económica de su madre, Alberto desaparece del mapa mirafloresino y evita encontrarse con ellos.

Una situación semejante ocurre en *Los cachorros*. En el colegio se forma el grupo de amigos de Cuéllar, entre los cuales se cuenta el narrador (que utiliza la primera persona del singular y del plural indistintamente). Después del trágico incidente en el baño, parte del colegio se ensaña contra el pobre alumno, distinguido por su buen comportamiento y desempeño escolar, poniéndole toda clase de apodos que hacen alusión a su miembro mutilado. Sus amigos más cercanos se posicionan de su lado. Más tarde, durante la adolescencia, el grupo constituye su soporte afectivo, su red de amigos y cómplices. Es con ellos con quienes se divierte y sueña el futuro. Fuera de la escuela, se reúne con ellos para llevar a cabo actividades recreativas: van al cine, toman clases de baile, pasean en coche, beben en cantinas y bares, van juntos a la playa. Por esa razón, a Cuéllar le cuesta aceptar que sus amigos empiecen a interesarse en una actividad que él no puede compartir: la seducción de las chicas. Aunque no sea del todo verdad, Cuéllar se siente excluido del grupo y esa circunstancia le genera una enorme frustración, además de una actitud violenta y autodestructiva: “A medida que pasaban los días, Cuéllar se volvía más huraño con las muchachas, más lacónico y esquivo. También más loco: aguí la fiesta de cumpleaños de Pusy, arro-

jando una sarta de cuetes por la ventana, ella se echó a llorar y Mañuco se enojó, fue a buscarlo, se trompearon, Pichulita le pegó”.

En este sentido, es interesante, también, detenerse un momento en el personaje del Jaguar, uno de los chicos más temidos y respetados en el Leoncio Prado. Se trata de uno de los estudiantes más violentos y ensañados con los más débiles, pero no únicamente con ellos, pues también desafía a la autoridad en todas sus acciones y no parece identificarse con nadie. Es uno de los más hábiles y experimentados ladrones de la sección. Sin embargo, hay un valor que este individuo respeta y se trata de la solidaridad entre compañeros. Si algo lo saca de quicio es que un cadete denuncie a otro, o al grupo, ante las autoridades. Es por esta razón que decide vengar a su compañero Cava, expulsado del colegio tras la denuncia del Esclavo por el robo del examen. En la menor oportunidad, el Jaguar no tiene reparos en matar al “soplón”, puesto que para él se trata de la peor escoria que existe en el mundo, un elemento nocivo para todos los demás.

Más allá del grupo, la amistad entre dos muchachos es también una de las relaciones más importantes en términos afectivos dentro de estas novelas. Por eso resulta tan interesante la compleja relación que mantienen en *La ciudad y los perros* Ricardo Arana (el Esclavo) y Alberto Fernández (el Poeta). Se trata de una amistad no del todo asumida por el segundo, quien al principio se burla y fastidia a su compañero, más débil físicamente que el resto de los estudiantes. Sin embargo, Arana se aferra a él y lo procura con gestos constantes de generosidad, de modo que Fernández no puede evitar sentirse cercano a él. Sin embargo, las circunstancias lo llevan a cortejar a la mujer de la cual está enamorado Arana. Esta traición, y su actitud ambigua respecto a su amistad con el Esclavo, tortura al personaje del Poeta y llega casi a enloquecerlo después de la muerte de Arana. Finalmente, en un acto de lealtad hacia el difunto, se decide a romper su vínculo de solidaridad con los otros compañeros y traiciona al grupo entero para vengarlo.

Así, el valor de la lealtad es el de mayor peso en esa sociedad masculina, en la que muchas otras cosas ilícitas como el robo, la violencia e incluso el abuso sexual están bien vistas. Traicionar ese valor, ya sea en el orden personal como en el colectivo, adquiere tintes muy dramáticos y convierte la trama de la novela en una verdadera tragedia.

El modelo físico y de comportamiento

En el Colegio Leoncio Prado, el físico de los varones juega también un papel importante. Los diversos narradores de *La ciudad y los perros* describen abundantemente el cuerpo de sus compañeros y su manera de pelear. Por ejemplo, la musculatura del Esclavo es casi inexistente. Tampoco sabe luchar cuerpo a cuerpo y eso lo convierte de inmediato en una suerte de paria, blanco de las burlas de sus demás compañeros. En cambio el Jaguar, cuyo físico no es precisamente el más grande y fuerte, es el más respetado en la sección, pues sabe pelear como nadie, al punto de vencer sin problemas a varios muchachos juntos.

El Boa, por su parte, no sólo está dotado de una buena complexión física sino que posee un miembro viril descomunal del cual se desprende su apodo: “El Boa se rió a carcajadas y corrió por el reducto, sobre los cuerpos, con el sexo entre las manos, gritando ‘los orino a todos, me los como a todos, por algo me dicen el Boa, puedo matar a una mujer de un polvo’”. Es notoria la importancia que cobra, en las novelas que nos ocupan, el tamaño del pene de los personajes. Se trata probablemente de una aportación significativa al género realista, ya que muy pocas novelas de nuestro continente describen la importancia que adquiere el falo para las comunidades de los hombres. A diferencia de las mujeres que no suelen comparar el tamaño de sus sexos (del que no se enorgullecen o avergüenzan particularmente), los personajes masculinos que describe Vargas Llosa —y nos atrevemos a inferir que los hombres en general— sí consideran la presencia y las condiciones particulares de su miembro viril como parte de sus haberes o de sus carencias. En *Los cachorros*, la ausencia del pene, tras la castración que sufre el personaje principal, se convierte en el meollo de toda la novela, el vórtice sobre el cual gira toda la trama, la psicología y el desenvolvimiento de los personajes. Es por la ausencia del miembro viril que Cuéllar, con todo el potencial para tener éxito en la sociedad a la que pertenece y para triunfar en diversas áreas, llega a acomplejarse patológicamente y a adoptar una actitud autodestructiva que lo lleva a la muerte.

Otra de las características físicas que se mencionan hasta conseguir incomodar al lector son los rasgos raciales de los alumnos. Los morenos y los serranos son víctimas del racismo y de los prejuicios de

la mayoría. Así se expresa el Jaguar de su compañero por el que sin embargo siente un gran aprecio: “Su padre debe ser muy bruto. Todos los serranos son muy brutos [...] se quedará a vivir con los indios y las llamas, será un chacarero bruto”. Esta insistencia de los narradores en el aspecto racial es también un acierto en esta novela que se propone describir, de manera realista, las costumbres de la sociedad peruana, obsesionada con las mezclas y el color de la piel, y motivo de una lucha constante entre su población. Para ser un hombre digno de respeto, en ese ambiente exageradamente masculino, es entonces necesario tener una buena estatura, un físico, si no imponente al menos bien dotado —y no demasiado moreno—, un falo de tamaño considerable, voz ronca, actitud altiva, coraje para pelear cuerpo a cuerpo.

El ideal de comportamiento de los varones, por otra parte, no corresponde necesariamente al de la institución. Los chicos del Leoncio Prado se respetan entre ellos por sus habilidades para arreglárselas en la vida, por su experiencia en el sexo y por su ingenio para responder a las burlas de los otros. Tomemos, por ejemplo, el caso de Alberto Fernández (el Poeta), quien *a priori* está en desventaja en esa sociedad por venir de una familia burguesa. El Poeta, que no cuenta con dinero de su familia, se gana la vida escribiendo cartas para los demás y novelitas en las que demuestra (al menos en apariencia o en alarde) sus conocimientos y experiencias eróticas. Aunque no sabe pelear como los más rudos, tiene arrojo y no duda antes del enfrentamiento físico del que muchas veces sale perjudicado. Todas estas características son las que lo salvan frente a sus compañeros en la jungla que constituye su colegio.

Se celebra también la habilidad para burlar la represión y la ley. Los miembros de “El círculo”, por ejemplo, con sus prácticas de robo y de filtración de exámenes, que logran sobresalir en calificaciones por motivos distintos al estudio y al buen comportamiento, están bien vistos entre los muchachos. De la misma manera, el capellán del colegio, “un cura rubio y jovial que pronuncia sermones patrióticos”, es muy bien aceptado, pero no por sus sermones en los que compara a los militares con los misioneros y los mártires, sino por otras razones mucho más mundanas: “Los cadetes estiman al capellán porque piensan que es un hombre de verdad: lo han visto muchas veces, vestido de civil, mero-deando por los bajos fondos del Callao, con aliento a alcohol y ojos viciosos”.

Veamos ahora el respeto a los valores éticos que debería fomentar el ejército. Dentro del universo de *La ciudad y los perros*, se puede observar toda una gama de actitudes éticas. Los dos extremos están representados por el teniente Gamboa y por el coronel. Sin embargo, la mayoría de los personajes posee un costado oscuro y traidor a los ideales éticos que deberían representar y otro leal y luminoso. Incluso los peores rufianes, como el Jaguar, tienen un lado positivo y sentimientos nobles como la amistad y la reciprocidad. Ésta es otra de las grandes virtudes de la novela: no se trata en lo más mínimo de un relato maniqueísta, sino que revela la amalgama compleja de sentimientos, reacciones y diferentes actitudes que caracterizan a los seres humanos. Sin embargo, no podemos dejar de notar que no abundan los personajes con ideales humanistas, preocupados por construir mejores ciudadanos; personajes capaces de sacrificar sus intereses personales con tal de que se imponga la justicia en la cual creen verdaderamente. El teniente Gamboa representa en la novela a este tipo de individuos y es por eso que el Poeta recurre a él cuando por fin se decide a denunciar al Jaguar por el crimen de Ricardo Arana. A diferencia de las demás autoridades del colegio, Gamboa toma muy en serio este asunto y, a pesar de la hostilidad que recibe de sus superiores, decide llevar el caso hasta el ministerio y es así como lo explica al capitán Garrido: “—A mí me interesa el ascenso tanto como a usted, mi capitán [...] pero si hay algo que he aprendido en la Escuela Militar, es la importancia de la disciplina. Sin ella todo se corrompe, se malogra. Nuestro país está como está porque no hay disciplina ni orden [...] si es verdad que a ese muchacho lo mataron, si es verdad lo de los licores, la venta de exámenes y todo lo demás, yo me siento responsable, mi capitán”.

A diferencia del teniente, los demás militares están a favor de mitigar el asunto para evitar el escándalo y que rueden cabezas dentro del colegio. Nadie apoya a Gamboa en su determinación. Al contrario, después de reunirse, el consejo militar decide reprimir al teniente y mandarlo a una provincia lejana, donde no pueda seguir molestando. Gamboa se consuela pensando que al menos su conciencia está limpia. La respuesta del capitán es inequívoca: “con la conciencia limpia se gana el cielo [...] pero no siempre los galones. [...] Déles unos cuantos consejos; que se callen, si quieren vivir en paz”.

Los hombres que no encajan

Dentro de esa sociedad tan esquemática y prejuiciosa, hay también hombres que no encajan con el modelo. El primero de ellos, ya lo hemos dicho, es el Esclavo cuyo físico es descrito siempre como débil y desesperante. Su propio padre dice de él mientras el muchacho agoniza: “Me ha costado mucho trabajo hacerlo un hombre. (...) Usted no sabe cómo era de chico. Aquí lo templaron. Lo hicieron responsable. Eso es lo que yo quería, que fuera más varonil, que tuviera más responsabilidad”. Entre los hombres que no corresponden al modelo hay también varias de las figuras de alto rango y supuesta autoridad en el colegio, como o el teniente Huarina o el propio coronel, de quien se burla el Jaguar en sus memorias: “[...] no vengan a hablarme de porte militar cuando pienso en el coronel, se suelta el cinturón y el vientre se le derrama por el suelo [...] con esa vocecita yo fumaría todo el tiempo. No es una voz de militar”. Pero peor que el coronel, cuyo físico no corresponde a los ideales del ejército, están otros personajes, como un profesor de dudoso origen francés y probable homosexualidad y Paulino, también llamado el Injerto, por su mezcla poco feliz de cholo con japonés. Paulino administra una pequeña tienda llamada La Perlita, situada cerca del muro posterior del colegio donde, los fines de semana, se reúnen algunos alumnos para tomar pisco y fumar. A diferencia del profesor, la homosexualidad de Paulino sí está comprobada y en una de las escenas de la novela se le describe manoseando a varios de los cadetes, en particular al Boa.

Los personajes femeninos

Para analizar bien el modelo de masculinidad que describen estas dos novelas, conviene poner atención también en los personajes femeninos y comprobar si existe o no un patrón común entre ellas. A grandes rasgos, se podría decir que responden al modelo machista que impera en nuestro continente, sin embargo es interesante detenerse en los detalles.

Lo primero que llama la atención es la similitud entre las madres de los cadetes del Leoncio Prado. Todas ellas son víctimas, torturadas de una forma u otra por su marido. La madre de Ricardo Arana, por ejemplo, cuya historia —lo dijimos antes— se parece en cierta medida a la del autor, sufre pacientemente los malos humores y los ataques de

violencia de su marido, quien no escatima a la hora de golpearla y de golpear a su hijo. Este hombre había abandonado a la madre durante toda la primera infancia de Ricardo y, aun así, la madre decide volver con él y acepta su idea de internar al hijo en un colegio militar. La mamá de Alberto, por el contrario, pertenece a una familia rica y a un medio social más alto. Sin embargo, durante la estancia de Alberto en el colegio, aparece como una mujer descuidada y deprimida que depende afectivamente de su hijo y no deja de reprocharle al marido su comportamiento. Por su parte, la madre del Jaguar vive también en la penuria económica y acepta sin cuestionamientos que sus hijos ejerzan como ladrones callejeros, con tal de que aporten dinero a la economía familiar. Finalmente, está el personaje de la tía de Teresa, una mujer deteriorada y que se está quedando ciega. Esta mujer también vive sola y de forma muy limitada. Se ocupa de su sobrina y le aconseja acerca de Ricardo, el Esclavo, que parece estarla cortejando y al que apenas conoce: “No dejes escapar a ese muchacho. Tienes suerte que se haya fijado en ti. A tu edad, yo ya estaba encinta”.

Veamos ahora a las mujeres cuando fungen como objeto de deseo. En los dos extremos de la sociedad que describe *La ciudad y los perros*, tenemos a las prostitutas y a las niñas bien del barrio de Miraflores que frecuentan Alberto y sus amigos. El primer personaje que llama la atención es la de la Pies Dorados, una prostituta mítica entre los chicos del Leoncio Prado, de cabellos rubios y mucho prestigio dentro del sector dedicado a ese negocio. Resulta muy enternecedor el relato que hace Alberto de su obsesión por esta chica, mucho antes de conocerla personalmente, y del momento en que por fin se encuentra con ella. Alberto, nos dice el narrador omnisciente, “era uno de los que más hablaba de la Pies Dorados en la sección. Nadie sospechaba que sólo conocía de oídas el jirón Huatica y sus contornos, porque él multiplicaba sus anécdotas e inventaba toda clase de historias”. Así pues, su desbordante imaginación, lo hacía describir escenas nunca ocurridas para ganarse la admiración de sus compañeros y clientes de sus novelitas eróticas. Sin embargo, cuanto más hablaba de sus hazañas falsas, el complejo por no haber estado jamás en la cama con una mujer se iba haciendo más y más grande: “entonces se deprimía y se juraba que la próxima salida iría a Huatica, aunque tuviese que robar veinte soles, aunque le contagiaran una sífilis.” Finalmente, Alberto logra llegar a la habitación de la Pies Dorados sólo para ser humillado por su inexperiencia. Por otro lado,

después de tantas expectativas, la persona que había mitificado le parece poca cosa. Sin embargo, la prostituta le cuenta que conoce muy bien a su sección y que todos sus compañeros van a verla, incluso varias veces en un día. El lector no tarda en enterarse de que incluso la sexualidad de esos chicos tiene algo de gremial, algo de colectivo, como se confirmará más tarde con la historia de Teresa.

Esta muchacha que al principio parece un personaje sin demasiada trascendencia, va cobrando importancia a lo largo de la novela. Se trata primero de la chica que le gusta al Esclavo y que éste piensa invitarla a salir antes de que lo consignent durante varias semanas. El Esclavo le pide a Alberto primero que le escriba las cartas para ella y después que vaya a verla para decirle los motivos por los cuales no podrá acudir a su primera cita. Alberto, movido por la curiosidad, invita a salir a Teresa y, poco a poco, se va enamorando de ella, a pesar de que la considera más bien fea y apocada. A lo largo de la novela nos enteramos también de que otro cadete, el Jaguar, no sólo conoce a Teresa sino que está enamorado de ella. De modo que los chicos del Leoncio Prado se enamoran —aunque sin saberlo— de una misma mujer. ¿Cómo es esta Teresa que logra llamar la atención de tres personajes tan distintos? Se trata de una muchacha huérfana, de diecisiete años, de origen humilde que vive con una tía en un barrio popular. Limpia, más bien callada, complaciente y poco expresiva, amante de las revistas de chistes y, al decir de Alberto, nada bonita. Podríamos decir que para cada uno representa una cosa distinta: el Esclavo ve en ella la paz anhelada tras una vida dura y cruel; para el Poeta, Teresa encarna la inocencia perdida cuando es obligado a entrar al colegio y, para el Jaguar, la vida doméstica que nunca tuvo. La forma en que cada uno la corteja es representativa también de diferentes modelos de masculinidad. Arana por ejemplo, mucho más tímido que los demás, se concentra en escribirle cartas y, en ellas, la invita al cine una tarde. No tiene mucho tiempo para poder seducirla. Alberto, en cambio, muestra una actitud entre protectora y romántica. Consiente a la muchacha regalándole revistas, pastelillos e invitándola al cine. Pasea con ella y le dice piropos. A diferencia de Arana, él sí llega a convertirse en su enamorado y recibe regalos que Teresa le hace, como un chaleco tejido por ella misma. El Jaguar, en cambio, es mucho más temperamental. A pesar de que en ese momento no es novio de la muchacha, la espía y llega a medio matar a golpes a un chico que la corteja en la playa. Durante el tiempo que dura el enamoramiento de

cada uno por Teresa, los cadetes se ven anímicamente afectados, debilitados emocionalmente y como avasallados por una enfermedad psicológica. El mejor amigo del Jaguar, conocido en la novela como el Flaco Higuera, nos ofrece una elocuente descripción del enamoramiento y de su visión del género femenino: “El amor es lo peor que hay. Uno anda hecho un idiota y ya no se preocupa de sí mismo. Las cosas cambian de significado y uno es capaz de hacer las peores locuras y de fregarse para siempre en un minuto. Quiero decir los hombres. Las mujeres no porque son muy mañosas, sólo se enamoran cuando les conviene”. ¿Cómo se cura semejante estado? Según Higuera, con una buena borrachera que termine en el prostíbulo.

En las clases altas encontramos a otro tipo de chicas, distintas de Teresa y de las madres de los cadetes. Estas muchachas son altaneras, incluso un poco castigadoras con sus pretendientes. El narrador, en tercera persona subraya incluso una actitud combativa entre los dos sexos y dice acerca de ellas: “Las muchachas del barrio, tan numerosas como los hombres, formaban también un grupo compacto, furiosamente enemistado con el de los varones. Entre ellos había una lucha perpetua”. El personaje de Helena, quien mantuvo con Alberto una relación, breve pero importante para él, y cuyo rompimiento lo precipita a tomar la decisión de entrar al Leoncio Prado, es un buen ejemplo. Esta chica es poco honesta en sus sentimientos. No le gusta que Alberto le ruegue o se muestre demasiado enamorado. Toma mucho tiempo antes de darle el sí y cuando finalmente lo hace, para ella se trata sólo de un entretenimiento. Estas mujeres tienen una actitud semejante a la de los personajes femeninos que aparecen en *Los cachorros*, aunque en esta última las hay de diferentes especies. Teresita, la chica de la que está enamorado Cuéllar, es una mujer comprensiva que espera pacientemente, durante un par de años, a que el novio potencial se declare y trata de facilitarle la tarea, pero al final se acaba cansando de su silencio y opta por salir con un miembro nuevo del grupo.

La sexualidad en otros ámbitos

Como es natural en una novela profundamente realista sobre la vida y el desarrollo de hombres adolescentes, el tema de la sexualidad impregna toda la novela. Si los cadetes le tienen estima a Alberto Fernández, es en parte porque les proporciona historias eróticas, bajo la

forma de relatos orales o bien de novelitas, que los estimulan para “meterse la mano a los bolsillos sin escrúpulos”. Como en el caso de la Pies Dorados, llama la atención que la masturbación entre esos chicos no sea un acto privado y discreto que cada quien practica en la intimidad, sino que también se lleva a cabo de forma colectiva. La escena en La Perlita, el quiosco que atiende Paulino, donde se organiza un concurso para ver quien resiste más antes de eyacular, es muy reveladora.

Así, en el modelo de masculinidad que plantean y siguen estos personajes se aceptan, además de las prácticas heterosexuales, otras formas menos comunes de expresar la sexualidad. Por una serie recurrente de comentarios que se hacen a lo largo de la novela, parecería que la homosexualidad está bien vista mientras sea activa y se practique con violencia, es decir mientras un estudiante viole a otro, ya que de ese modo demuestra su superioridad física. Sería pues una forma de lucha con recompensa legítima. Al comienzo de la novela, hay una escena muy perturbadora en la cual un grupo de estudiantes decide ir a violar a un alumno más pequeño, mientras éste duerme en su cama: “Cómo pateaba el enano, cómo pateaba, cómo, qué esperas para treparte, no ves que duerme más calato que una foca. Oye, Boa, no le tapes así la jeta que a lo mejor se ahoga”.

En esta escena, más que de homosexualidad se podría hablar de abuso de menores por otros menores. No es la única donde se describe el deseo entre hombres. La escena de la masturbación colectiva en el quiosco se presta a la confusión y por momentos parece que es el propio Paulino quien se encarga de hacer sexo oral a todos los cadetes: “‘Cómo metelo Paulino’ gritó el Boa [...] Paulino se había inclinado, con las rodillas separadas: las piernas del Esclavo bajo su cuerpo. [...] El Injerto sonrió y abrió la boca: la lengua arrastraba una masa de saliva que mojó sus labios. —No le voy a hacer nada —dijo—. Sólo que es muy flojo. Lo voy a ayudar”.

Si bien las prácticas de onanismo colectivo, de prostitución y de violación son las más recurrentes entre los alumnos del Leoncio Prado, no son las únicas maneras de expresar la sexualidad. También hay varias escenas de zoofilia. La primera ocurre instantes antes del asalto al “gordito”, cuando ese mismo grupo de muchachos se ensaña contra una gallina a la que penetran hasta dejarla medio muerta. En este sentido es interesante el vínculo particular que tiene el Jaguar con la perra del colegio a la que todos llaman la Malpapeada. No queda muy claro si este

chico tiene o no relaciones sexuales en toda la forma con el animal, sin embargo, llama mucho la atención la manera en que habla de la perra y la compara con una mujer: “Es triste que la perra no esté aquí para rascarlo la cabeza. Eso descansa y da una gran tranquilidad, uno piensa que es una muchachita. Algo así debe ser cuando uno se casa. Estoy abatido y entonces viene la hembra y se echa a mi lado y se queda callada y quietecita, yo no le digo nada, la toco, la rasco, le hago cosquillas y se ríe, la pellizco y chilla, la engrío, juego con su carita [...] le agarro el cuello y las tetitas, la espalda, los hombros, el culito, las piernas, el ombligo, la beso de repente y le digo piropos: ‘cholata, arañita, mujercita, putita’”. Esta cita no sólo es elocuente acerca de la relación que tiene el personaje con la Malpapeada, sino de la manera en que concibe y se expresa del género femenino.

Se trata pues de un modelo en cierto sentido tradicional pero donde se describen también aspectos que en la sociedad constituyen grandes tabúes, como la sexualidad con animales o entre adolescentes, sobre todo cuando implica grandes actos de violencia. Si para nosotros, lectores del siglo XXI, sigue siendo un desafío conservar la calma después de estas escenas, cómo habrá sido para los primeros lectores de la novela que, por si fuera poco, se publicó en la España franquista, regida por militares, antes que en ningún otro lado.

Tanto en *Los cachorros* como en *La ciudad y los perros*, Vargas Llosa logra construir una sátira social en la que desenmascara las hipocresías de las instituciones, y señala las enfermedades espirituales de su época. Los modelos masculinos que aquí se presentan responden a una sociedad violenta que se origina en la familia misma. En este sentido, el colegio viene a ser la representación de una sociedad peruana —y nos atreveríamos a decir que también latinoamericana— en crisis colectiva de valores. La masculinidad sería uno de ellos. En apariencia claro y convencional, ese ideal masculino se difumina en la práctica. La sexualidad, que en principio debería pertenecer al espacio íntimo e individual, llega a ser absorbido por la tendencia uniformizante de tales sistemas (no es casual que los cadetes vayan con la misma prostituta y se enamoren de la misma mujer). Con estos rasgos, el autor de estas novelas pareciera advertir que los sistemas militares y religiosos de educación convierten al individuo en colectividades anónimas y acaban destruyendo todos sus rasgos originales y distintivos, incluyendo los más íntimos e instintivos, como serían el amor y el ejercicio del sexo.

BIBLIOGRAFÍA

- Camelo, Marcelo. "Conversación con Vargas Llosa". En *Revista Diners* N° 32, Bogotá, Panamericana, 1989.
- Durán, Armando. "Conversaciones con Gabriel García Márquez". En *Revista Nacional de Cultura* N° 185. Caracas, julio-agosto-septiembre de 1968.
- Oliart, Alberto. "La tercera novela de Vargas Llosa". En *Cuadernos Hispanoamericanos* N° 248-249, agosto-septiembre de 1970.
- Vargas Llosa, Mario. *Los cachorros* [1967]. Madrid: Alianza Editorial, 1985.
- *La ciudad y los perros* [1963]. México: Alfaguara, 2010.
- *Cartas a un joven novelista* [1997]. México: Alfaguara, 2011. □